

# De los diálogos de Platón a los diálogos de La Habana\*

## *The dialogues of Platon dialogues to Habana*

José Gabriel Coley\*\*

*Universidad del Atlántico, Colombia*

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/am.28.2016.5>

### RESUMEN

Se trata de una mirada histórica y filosófica del concepto de Diálogo desde Sócrates y Platón hasta tiempos actuales pero situados en el marco del conflicto colombiano y los diálogos que se desarrollan en La Habana, en la búsqueda de una salida política para conseguir la Paz en el país. Distinguir el diálogo auténtico del diálogo falso es lo que se pretende en este ensayo, cuya copia se hizo llegar a la mesa de negociaciones en Cuba como un aporte desde la academia y de la Universidad del Atlántico a este proceso que todos esperamos culmine con éxito para el bien-estar general de la nación.

**Palabras clave:** Diálogos, Sócrates, Platón, Filosofía, Corrupción, Derecho, Sociedad, Moral, Democracia, Justicia, Armonía, Sometimiento, Paz, Garantía.

### ABSTRACT

It is a historical and philosophical view of the concept of dialogue from Socrates and Plato to modern times but located within the Colombian conflict and the dialogues that take place in Havana, in the search for a political solution to achieve peace in the country. Distinguishing genuine dialogue of false dialogue is what is intended in this trial, a copy of which was forwarded to the negotiating table in Cuba as a contribution from the academy and the Universidad del Atlántico this process we all hope for a successful conclusion to the overall well-being of the nation.

**Keywords:** Dialogues, Socrates, Plato, Philosophy, Corruption, Law, Society, Morals, Democracy, Justice, Harmony, Submission, Peace, Warranty.



**Recibido:** 25 de enero de 2016

**Aceptado:** 20 de abril de 2016

\* Ponencia leída en el marco del XIV Simposio Internacional de Pensamiento Filosófico Latinoamericano, Santa Clara, Cuba, junio de 2014.

\*\* Profesor Universidad del Atlántico. Barranquilla, Colombia.  
Correo electrónico: [josecoley@mail.uniatlantico.edu.co](mailto:josecoley@mail.uniatlantico.edu.co)

## Desarrollo

En la Universidad del Atlántico que funciona en la ciudad de Barranquilla, puerto situado en la Costa Norte de Colombia, se organiza desde el año 1991 un evento abierto que se denomina “Conversatorios Filosóficos”. Es una manera seria pero informal, de desenclaustrar esta disciplina de la razón, si se quiere buscando emular al ágora griego o al fórum romano desde el Caribe para que la filosofía se haga pública.

Todos los lunes, ininterrumpidamente, acuden al Teatro Municipal los interesados en los temas sobre los que se discute semestre a semestre. El último Conversatorio fue “Filosofía, diálogo y corrupción” en el cual participamos con esta composición escrita que queremos hacer extensiva a los asistentes a este Simposio Internacional sobre todo porque, alude a los “Diálogos de Paz” que mi país desarrolla precisamente aquí, en La Habana.

Entre los dos primeros términos señalados en el tema de este conversatorio, “Diálogo y Filosofía”, existe coherencia, concordancia, congruencia, pues ambos históricamente nacieron y crecieron juntos; el otro, “Corrupción”, de salida se presenta como fuera de lugar o, en el lugar equivocado, como dicen; pero aparentemente. Volveremos a él más adelante.

El diálogo es, después del poema, uti-

lizado por los Jonios de Anatolia, la manera clásica de la expresión de la Filosofía. Sócrates y Platón hicieron de él (el diálogo) su principal manera de filosofar. Vamos, pues, a sustentar nuestra intervención a partir de estos dos pensadores, que han sido los que más han argumentado en favor del diálogo filosófico, aunque no solo en ellos como veremos al final.

Intentaremos, pues, analizar históricamente el concepto de “Diálogo” haciendo un poco de genealogía o arqueología en sus orígenes filosóficos, para después situarlo como “ser ahí” aquí y ahora, en esta circunstancia espacio-témporo-existencial y hacerlo ascender críticamente a un deber ser superior de pleno entendimiento.

Prototípicamente el diálogo nace de una oposición oral que se desarrolla entre dos posturas contrapuestas. Platón lo convirtió en escrito y por ello detrás del diálogo se halla oculto un discurso continuo. Incluso en la mayéutica socrática (como el arte de hacer parir ideas formulando preguntas intercaladas con las respuestas) que Platón transformó en dialéctica idealista a través de su anamnesis.

El diálogo es confrontación de pareceres opuestos, de contrarios en donde uno se convierte el otro ya que “por el cambio aquello es esto y de nuevo por el cambio esto es aquello”, como lo manifestará Heráclito, antes que Platón hablara de dialéctica. Por todos

es sabido que la filosofía griega no nació en la península de los Balcanes sino en la de Anatolia, en Asia Menor. Solo muchos años después la filosofía llegó a Atenas. Por esto la certeza de Heráclito al afirmar que “lo único que permanece es el cambio”. Gracias a los opuestos, decía el oscuro de Éfeso, “este camino de arriba y este de abajo son uno solo y el mismo”. Posteriormente Platón en el *Ática* asumiría el diálogo como dialéctica. Dialogar es contradecir, contraponer o enfrentar.

Platón sostiene que la contemplación pura de las ideas por el alma es efecto del conocimiento, del “arte dialógico” (Rep. VI 511C), el cual es distinto a la controversia sofística, donde el diálogo es mera disputa para ganancia aparente y no proceso cognoscitivo. El diálogo, en últimas, es un método riguroso de conceptualización. Es decir, si conceptualizas sobre la guerra podrás conceptualizar sobre el significado de la paz. Al menos, creemos, que así lo entendió Tolstoi en su novela *La guerra y la paz*. Y antes Kant, en *La paz perpetua*. Conocer la guerra es buscar la paz y ojalá duradera para no decir perpetua en el ideario kantiano, antecedente filosófico de la creación de ONU como búsqueda ideológica para evitar confrontaciones bélicas entre las naciones. Sería, el deber ser, pero no el verdadero ser.

Por ello la filosofía es solo pre-ocupación, otear, atalayar, porque a pesar de Kant y la ONU, las guerras continúan.

La filosofía advierte, premoniciona, pero no soluciona nada. El Filósofo-Rey o el Rey-Filósofo de Platón que tendría la fuerza de la razón y la razón de la fuerza juntas sería lo ideal (de allí idealismo, ilusión, luego “amor platónico”, etc.). Pero Platón no lo pudo conseguir con Dión en Siracusa. De pronto sí su discípulo Aristóteles en la corte de Filipo II en Macedonia con su hijo Alejandro, el Magno, pero que terminó no en justicia sino en imperio fallido, para que lo realizaran definitivamente los romanos, más injustos e impositivos todavía.

Evidentemente, en el llamado siglo filosófico de Atenas (nos referimos a la tradición Sócrates-Platón-Aristóteles), la clave es Platón, pues primero “inventa” a Sócrates y luego se trasciende a sí mismo con Aristóteles y Alejandro Magno, como vimos; y de allí al Imperio Romano, y después a todo Occidente. Me atrevo a asegurar que, sin Platón, filósofo de filósofos, buena parte de la cultura y la filosofía occidental no existiría. Con mucha y sobrada razón el filósofo Withehead afirma que “la historia de la filosofía no es más que acotaciones a pie de páginas de la obra de Platón”. Todo lo inventó Platón, desde los diálogos.

Trasímaco de Calcedonia, sofista reconocido, habla de un diálogo de Platón en el primer libro de *La República*, enfrentando a Sócrates sobre el criterio de la justicia concluyendo que lo justo es lo que conviene al más fuerte.

Es decir, depende de los intereses del poderoso. Si el interés del gobernado es obedecer, tendrá que llamar “justo” a lo que ordena el gobernante. La razón no interesa, pues todo se establece con base en la fuerza. Esa es la justicia de Trasímaco.

El diálogo tradicionalmente ha sido imposición del más fuerte (monólogo, egología o solipsismo). Sócrates no dialogaba, interrogaba y sacaba la respuesta que él quería o le convenía sacar de su interlocutor de turno con la mayéutica. Lo que pasa es que Sócrates fue excesivamente idealizado por Platón, Jenofonte, Antístenes, Aristipo e incluso por Diógenes Laercio, llegándolo a proclamar como el ciudadano ideal.

Pobre, artesano de ascendencia, de clase humilde en la sociedad ateniense, poco agraciado físicamente, (lo cual era una tara para la armonía con lo espiritual entre los griegos de la época), Sócrates se fue elevando hasta hacerse amigo de los principales miembros de la oligarquía llegando a casarse con una mujer patricia, involucrándose en el regimiento de Alcibiades (su discípulo predilecto, de ortografía social y moral dudosas), cuyo ingreso era limitado a las tres órdenes más ricas del Estado. Sócrates nunca fue un demócrata. Es hartamente conocida su relación con la dictadura de los treinta, uno de los cuales fue Critias, familiar de Platón.

Esa era la esencia de su moral. Fue un hombre práctico y prudente; arribista, diríamos hoy, mas no el mejor de los ciudadanos, como lo proclamó Platón. Sócrates una razón pura teorizaba y otra practicaba. Una vez más el deber ser enfrentado al ser real. Por algo Nietzsche lo abominó.

Creemos que su máxima virtud fue aceptar la condena a muerte por parte de la democracia ateniense. Rechazó la influencia de sus discípulos. No permitió que se concertara su fuga, la condonación de la pena, ni soborno alguno a cambio de su muerte y eso le dio coherencia al final de su vida. Claro, ¡a los 70 años de edad!

Había dos acusaciones básicas en su contra: corromper a la juventud y aceptar la existencia de otros dioses distintos de los tutelares de Atenas, luego impiedad. La segunda acusación no nos interesa porque somos racionales, convencidos y definitivamente ateos. Pero en el caso que nos ocupa la primera acusación sí nos reclama: La corrupción, por el tema de este conversatorio que espero no hayan olvidado.

La palabra corrupción proviene del latín *corrumpere* que significa en términos amplios, sobornar, falsificar, dañar, romper, quebrar, despedazar, arrebatar, echar a perder, hacer capitular, hacer claudicar, hacer trizas, inmoralidad, etc. Hoy día la corrupción es entendida como el uso público

para fines y lucros privados. La cosa pública (la res-pública o república) se constituyó históricamente como una forma de protegernos los unos con los otros, contribuyendo todos para lograr el bien común.

Hobbes sostenía que en estado natural el hombre ya se hubiera extinguido. En nuestra especie la ley individual del más fuerte de todos contra todos no aplica. Según Hobbes solo lo social se ha impuesto con la razón para dirimir intereses a través del Estado. Había que garantizar la paz, la armonía, y la concordia para el Bien-Estar de la sociedad en su conjunto y que cesaran los conflictos individuales o de grupos. Así surgieron las leyes a imitación de las buenas costumbres de cada pueblo.

Y decimos “buenas” porque garantizaron de diferentes maneras la sobrevivencia, desarrollo y prosperidad de los grupos humanos donde habían surgido manteniéndose, fortaleciéndose, y conservándose por la tradición. Ellas daban estabilidad, seguridad y organización a los distintos pueblos y no aniquilamiento, retroceso o iliquidez. Por tanto, la administración de la res-pública era sagrada y todos sus constituyentes y contribuyentes la vigilaban. La corruptela era casi que imposible.

Al crecer la población de los diferentes pueblos-sociedades se hizo incontrolable la vigilancia directa de los

ciudadanos sobre los administradores del Estado. Entonces aparecieron los organismos paraestatales como filtros para su buen funcionamiento.

Pero estos también resultaron corruptibles (en Colombia los conocemos como los ías: Procuraduría, Personería, Fiscalía, Contraloría, Defensoría, Comisaría y por supuesto Policía, que no podría faltar, etc.), que irónicamente solo contribuyen a hacer crecer hiperbólicamente el poder de la oficina, de la burocracia, esa desgraciada necesidad de que hablara Weber pero, más que todo, de su enfermedad conatural, la corrupción, como problema mundial, que no exclusivo de los países de la periferia como el nuestro.

La corrupción ha sido y es aún una epidemia política que logra la inestabilidad de la base de la sociedad. La corrupción está siempre en contraposición con la equidad y la conciencia comunes de los ciudadanos. Se contrapone también con los ideales morales que deben prevalecer en los seres humanos, entre ellos, la virtud que sería el máximo valor entre todos los valores, para Sócrates.

Sin embargo, Platón y sus amigos, quisieron corromper a la justicia ateniense que había condenado al maestro, y cuando todo estaba listo para obtener ilícitamente la libertad, Sócrates les dijo que no y que más bien recordaran que se le debía un gallo a Esculapio (o Asclepio), dios

de la medicina y de la resurrección, hijo de Apolo. El gallo es emblema de vigilancia, pero sinceramente nunca hemos podido entender el significado del endiablado plumífero ofrendado por Sócrates al dios de la sanación.

Deseamos, empero, extender un colofón sobre el juicio de Sócrates: Hubo influencias y dinero a espaldas de Sócrates, por supuesto. Poder y corrupción están unidos por lo prohibido. Prohibido prohibir, decían los estudiantes del mayo francés de 1968 que emulamos nosotros los universitarios de Colombia en 1971. Lo que no se prohíbe está permitido. Lo prohibido es lo más apetecido, reza el refrán común. Si no, ¿por qué se prohibió comer la manzana en el Edén? ¿Su fruto no era acaso producto del árbol de la ciencia y su consumo permitiría conocimiento, distinguir entre el bien y el mal y alcanzar la inmortalidad? ¿A qué se debe el decálogo de Moisés? Recordemos que Jerusalén y Atenas son las dos raíces fundamentales de Occidente. A veces nos sale el griego, otras el semita.

Pero hecha la ley, hecha la trampa. Las influencias, y una moneda por acá y otra por allá, hubieran resuelto la vida de Sócrates, pero no el juicio y eso, era lo que exactamente sabía Sócrates.

Es ahí donde entra a jugar Platón como determinador ya que Sócrates, todos lo sabemos, no escribió nunca

nada, convirtiendo al maestro en protagonista de sus “Diálogos”; desde los primeros (La Apología, Protágoras, Critón, Lisis, los dos Hippias menor y mayor) en los intermedios (Georgias, Menón, Eutidemo, El Banquete, Fedón, y algunos de La República) e incluso los críticos de madurez (Teeteto, Parménides, Cratilo, El sofista, Timeo, Las leyes, Critias y Fedro, especialmente). Por algo alguien dijo con suficiente lucidez: “Entre más leo a Platón, menos creo en Sócrates”. Es decir, Sócrates en gran porcentaje es invento de Platón; o Platón es doblemente filósofo, él y su maestro.

Platón fue discípulo de Sócrates hasta cuando este bebió la cicuta. Y a la muerte física de su maestro ágrafo, en sus escritos, lo inmortalizó. De allí el parangón que muchos discípulos establecen entre Sócrates y Jesús, pues el nazareno también fue reinventado por sus discípulos después de su muerte, porque tampoco escribió (incluso se duda desde la historia como ciencia, de la existencia física de ambos, pero ya eso es otro tema).

Toda la obra de Platón se refiere de alguna manera a Sócrates como su sostén. Él era su demiurgo, aquel que lo ilumina todo o la “expresión de una relación incesante entre lo que es siempre y jamás deviene y lo que deviene siempre y jamás es”, como lo escribiera en el Timeo. Quién lo creyera, la anterior frase de Platón reúne a los irreconciliables Parmé-

nides y Heráclito: “Lo que es, es” y “Nada es, todo cambia”. O sea: el cambio es lo permanente; o lo único que permanece es el cambio, gracias a la contradicción. El mismo río del sabio de Efeso, el verdadero padre de la Dialéctica, que en forma de lenguaje sería diálogo. En el dialogar está el cambio, gracias a la contradicción. O por lo menos el cambio de conducta de ambos dialogantes, el tesista y el antitesista, a nivel de síntesis o superación de contrarios.

El diálogo, entonces, implica comunicación entre dos; si no, es un monólogo: el otro no existe, ni sus razones. El diálogo debe admitir el tú. Pero si tú no me interesas porque yo domino, simplemente yo “dialogo” para seguir, después del “diálogo” (entre comillas), dominado. Ese diálogo es falso, luego monólogo. Allí los hombres creen aparentemente comunicarse mutuamente cuando lo que hacen es alejarse unos de otros. Evoquemos los bellos textos ilustrativos por sí mismos que son *La náusea*, *El túnel* y *Cien años de soledad* y veremos, como diría el poeta, que “de nadie necesito para sentirme solo”, sin que esto signifique que estemos al lado de la filosofía del absurdo ni tampoco que la compartamos.

El problema del diálogo es su sentido existencial; y el llamado “problema del otro” es, en esencia, comunicación. La comunicación ha sido tratada por la psicología, la antropología

filosófica, la filosofía del lenguaje, la semiótica, etc. La guerra en Colombia se debe a que des-conocemos al “otro”. No re-conocemos al “otro” desde el punto de vista analéctico como señala Dussell. Incluso, el diálogo entre desigualdades opera para ir alcanzando la igualdad.

El diálogo comienza en el advertir la existencia del “otro” y sus intereses. No se trata del someter al “otro” a la fuerza, pues el conflicto continúa. El “otro” se defiende y también pretenderá someter, luego la contradicción antidialéctica “pica y se extiende”, como decimos popularmente en el Caribe. Hay que mirar al “otro” como la prolongación de mi “yo”. Sin el “otro” “yo” no existiré. Nos necesitamos como ser social. Si no, pereceremos los dos. Lo demás sería sometimiento para lograr mismidad, lo que no perdurará. Los vencidos de alguna manera siempre sobreviven y a la postre volverán a renacer. Solo los acuerdos conscientes son estables pues, en ellos, estarán presentes las razones de ambos en síntesis dialéctica, esto es, se supera la contradicción.

La comunicación es esencial. Debe darse con mano franca como dice el poema de Martí. Soy lo que digo; y el otro dirá, digo lo que soy. Ese es el principio del diálogo auténtico. Empero, hay que distinguir entre comunión y participación. La primera es propia de la vida social; la segunda, propia de la relación de dominio.

Aquí, el silencio, lo que se calla o lo que se oculta, empieza a formar parte del diálogo como lo anota Buber en su obra *Vida dialógica y otros escritos menores*, donde también distingue entre hombre natural y hombre social. En el primero sobrevive el individuo o grupo. En el segundo, todos. Esa es la ganancia.

Pero Buber, también señala y separa el diálogo auténtico del falso. El auténtico es vital, busca unidad de partes; el falso es la “creencia de comunicación” pero lo que hace es alejamiento. Así lo escribieron literaria pero existencialmente, Sartre, Sábato y nuestro García Márquez, ya mencionados en las obras citadas.

Actualmente, 25 siglos después de Platón, muchos pensadores se ocupan del problema del diálogo o han hecho de él uno de los fundamentos y a veces la base principal de la expresión del pensamiento como esencia de la vida humana. La naturaleza miente, se mimetiza, engaña. Se disfraza, usa máscaras, se camufla. Domina el más fuerte. No dialoga: Esto último es humano exclusivamente. Pero no olvidemos que el hombre sigue siendo “Una cuerda tendida en un abismo entre la bestia y el superhombre”. Aún no hemos cruzado el abismo. No para alcanzar la etapa del superhombre, pero por lo menos llegar a ser “Humano, demasiado humano”.

Queremos aquí cometer un “sacrile-

gio” en el buen sentido filosófico: intentar corregir a Nietzsche pero solo en el título del libro que acabo de citar. No debería ser “Humano, demasiado humano” (porque, pensamos, es muy ambicioso) sino “Humano, simplemente humano”, lo cual indicaría que el proceso de hominización no ha terminado, prosigue. Mientras la tierra no sea para quien la trabaje, continúe la contradicción capital-trabajo y distribución de la riqueza no sea social tal y como se produce, sino clasista, todo lo que se diga son vascuencias. Y seguiremos en la “prehistoria de la humanidad”, según Marx, la irracional sociedad de clases. Es decir, a pesar del Estado como regulador de conflictos e impositor de paz por la fuerza y de todas las teorías sobre el Deber-Ser Social, seguimos siendo naturaleza en alto porcentaje.

Pero volvamos al sabio Aristocles, nombre real de Platón (el de espaldas anchas, que precisamente no significa plato grande). Creemos que el espíritu de la contradicción enunciado por Heráclito y asimilado por Platón como diálogo, debe ser incorporado al pensamiento actual, en el cual la acción comunicativa sobre la que tanto ha escrito Habermas, que genera acción de paz o de guerra; de guerra o de paz: o de integración, que va más allá de ambas, porque es com-partir, con-vivir, luego síntesis de los extremos que se repelen pero se extrañan. En nuestro contexto o en cualquier contexto, la civilidad es el único camino para la



realización del Ser Social y la Conciencia Social.

En consecuencia, el diálogo únicamente tiene sentido en tanto que esté fundado en el encontrarse recíprocamente el yo y el otro, pero de manera vinculante. La pregunta y la respuesta se hallan íntima y lógicamente relacionadas como causa y efecto. No pueden ser manipulados como lo hacían los sofistas e incluso Sócrates con su mayéutica.

Gadamer en *Lógica de la pregunta y la respuesta* dice que, pregunta y respuesta circulan dentro del diálogo hermenéutico y adquieren su sentido dentro de ese diálogo.

Pero, además, la llamada “respuesta” no necesariamente cierra el círculo sino que puede abrirlo de nuevo, ya que entender (comprender) una pregunta es, a su vez, otra pregunta. Podría entonces hablarse de un diálogo de las preguntas y respuestas, en donde la última respuesta vuelve a ser, otra vez, la primera pregunta, la cual no tendría sentido. Más bien es intersubjetividad de mi pensamiento y el tuyo; o de tu pensamiento y el mío, contrapuestos, como tesis o afirmación y antítesis o negación, para superarse la una y la otra, en síntesis conclusa. Ese, en últimas, sería el Deber-Ser filosófico del diálogo y eso es lo que esperamos los colombianos sensatos y de buena voluntad de los “Diálogos de Paz” de La Habana ciu-

dad de la cual ya guardamos los más gratos recuerdos.

Los “Diálogos de Paz” de La Habana son un ejemplo del esfuerzo que realizan dos interlocutores que se desconocen mutuamente pero que necesitan sacar el mejor partido para ponerle fin a un desacuerdo que ya no es útil para nadie. Un brillante pensador que muchos consideran el iniciador de la modernidad decía: “Acabar la guerra con la paz y no con guerra, es un título de gloria mayor que matar a los hombres con espada”.

## Epílogo

### La “nueva religión” y Occidente

Hace 3000 años el faraón Akenatón negó los dioses egipcios en aras de un único Dios. Esta creencia es uno de los más antiguos referentes al mono-teísmo de que se tenga cuenta. Posiblemente esto influyó en Abraham y hasta en Moisés. Pero suponemos que también en Anaxágoras, a quien debemos igual la racionalización del concepto Alma (*Nous*). Y de este pasó a Sócrates que en últimas, por distintas mediaciones, fue asimilado por Roma en la construcción de la personalidad de Jesús, el Mesías neotestamentario, no el del cristianismo primitivo investigado y resaltado por Feuerbach, Engels y Kautsky, entre otros, como movimiento revolucionario de ideas comunistas.

Pero la virtud socrática heredada por el cristianismo, junto con la creencia creación de un Dios único y el concepto de alma inmortal anaxagóricos (más los castigos eternos post-mortem), no fueron suficientes para derrotar la corrupción, muy a pesar de que Pilatos cediera a la presión y lavara sus manos; de que el Sanedrín judío rasgara sus vestiduras; de las influencias de Nicodemus y Arimatea en el juicio de Jesús, etc. Pero no pudieron contra la predestinación de las escrituras de Jehová. El plan divino tenía o tenía que cumplirse. Pero, preguntamos nosotros: ¿Para bien o para mal?

Según Nietzsche, para “re-mal”. El cristianismo como religión es una adaptación del pensamiento de Sócrates (o Platón) por parte de Roma, que después de siglos de perseguirla la domesticó, la asimiló y la utilizó al servicio del Imperio, cambiándole el sentido original de sus postulados.

Desde entonces, salvo honrosas excepciones (como el Movimiento Latinoamericano de la Teología de la Liberación y el cura guerrillero Camilo Torres Restrepo en Colombia, etc.), la Iglesia ha sido de los poderosos y sus lemas para los sometidos: “Dad a Dios lo que es de Dios y a César lo que es del César”; “El reino de Dios no es de este mundo sino del otro”; “Entre más sufras en este valle de lágrimas mayor será tu felicidad, pero después de la muerte”, etc. Es decir, los romanos terminaron por captar,

cooptar y adaptar una religión que en sus orígenes se hubo erigido como rebelde, libertaria, justiciera, igualitaria y humana. Por ello fue perseguida hasta ser “convertida”, esto es, romanizada. No al revés. No fue que el cristianismo conquistó a Roma sino que Roma conquistó al cristianismo. Y este traicionó los principios que lo engendraron entregándose desde entonces a los poderosos y disputando con ellos toda riqueza mal habida en todo Occidente.

Por ello preguntamos: ¿habrá algo más corrupto que el cristianismo y dentro de él el catolicismo que es el que predomina entre nosotros? No queremos referirnos a la corrupción sexual, al homosexualismo o a los poderastas, para no desviarnos.

Cuentan que Nerón, Calígula, Helio-gábalo o cualquier otro monstruo de esos que creó Roma, decidió un día ajusticiar a uno de sus lugartenientes: “¿Por qué yo, si lo único que he hecho es haberle sido honesto, leal e incorruptible?” (preguntó el desgraciado). A lo que el Emperador respondió: “Precisamente por eso”.

Pero el mayor de todos los monstruos creado por el Imperio romano, por ser colectivo y que por ello aún subsiste, es el cristianismo al decir de Nietzsche. Fue inventado o refundado, sintetizando a Sócrates (o Platón) con la tradición religiosa semita. Los romanos añadieron ese terrible ins-

trumento de dolor para la muerte en escarnio público que se llama cruz. Y finalmente Paulo, los tres romanos kostantino y Agustín lo reelaboraron filosófica y políticamente forzando el pensamiento de Sócrates (o Platón) a los intereses universales del Imperio. Todavía hoy, los seguidores del Papa se siguen diciendo católicos, apostólicos y romanos.

Roma, entonces, fue el resultado de la “con-fusión” filosófica y religiosa entre Atenas y Jerusalén; y a través de la fuerza de sus ejércitos comenzó la historia expansiva de lo que después sería Occidente con todos sus crímenes y demonios, en nombre de Dios y la Cruz, incluyéndonos a nosotros en América que fuimos incorporados violentamente a ese ser a partir del siglo XVI. Evidentemente, sin infierno no habría cielo. En ese sentido, el diablo sería aliado indiscutible de Dios. O su contrario indispensable para existir, dialécticamente hablando.

Todas las creencias religiosas cristianas que hemos heredado por la tradición cultural impuesta, han influido en el imaginario popular pero en su misma contra, sobre todo, la idea del infierno. “Suprimid el temor del infierno y suprimiréis la fe del cristianismo”, decía Shaw. Ya Polibio en la antigüedad afirmaba: “El infierno es inútil para los sabios pero conveniente al insensato vulgo”. Pero nosotros, a pesar de sabernos libres del soborno del cielo, si tuviéramos inexorable-

mente que escoger entre la disyunción infierno-cielo, “nuestro escaño estará en el infierno, frente al deplorable cielo lleno de gentes insoportables, agrupados en reuniones como esas a las que no asistimos, todos chabacanos, pequeños, mezquinos, ruines, innobles, cantando con voz de falsete villancicos zalameros”.

En ese cielo estarán también todos los papas, curas, y monjas, y las once mil vírgenes arrepentidas de haber muerto con su himen intacto que conservarán para toda la eternidad; pero además, allí estarán confinados todos los corruptos del mundo que desde siempre tienen comprado su cupo para la gloria infinita de Dios.

Y ahora sí para terminar como humanos esta “composición” llena de terrible inhumanidad, diremos lo que sigue en tres breves anécdotas.

Primero: Narra uno de los cronistas de Indias del siglo XVI que, “un cacique de Quisquilla, una vez que su pueblo fue vencido por la fuerza de la artillería, antes de inmolarlo, le dijeron que tenía que bautizarse. Él definitivamente dijo que no, porque no quería morir, llegar al cielo y encontrarse nuevamente con los españoles”.

Segundo: Jomo Kenyatta (1892-1978), político africano, considerado el padre fundador de la nación Kenia en su lucha por la independencia de ese país, tan emparentado con noso-

tros como con el actual presidente de Estados Unidos, Obama, expresó con gran lucidez poética este párrafo que continúa teniendo vigencia histórica: “En la antigüedad los hombres africanos vivíamos felices y teníamos tierra. Luego vino el hombre blanco con su Biblia y nos hizo soñar cerrando los ojos. Cuando los abrimos, el hombre blanco tenía la tierra y nosotros la Biblia”.

Y tercero: No tenemos nada en contra de los creyentes, simplemente nos diferenciamos de ellos. En nuestra cotidianidad practicamos la tolerancia religiosa de que hablaba Voltaire y que fue lo que aplicó en su vida política en Colombia el padre Camilo, que mencionamos anteriormente. Cuando a él le preguntan si creía o no creía en Dios o si el alma era mortal o inmortal, respondía: “Yo no he venido a hablarles de Dios, de si existe o no existe, de si el alma es mortal o inmortal; les he venido a hablar de que lo que verdaderamente existe es el hambre y el hambre si es mortal”.

Muchas gracias

cc “Diálogos de Paz de La Habana”

### Referencias bibliográficas

Buber, M. (1997). *Vida dialógica y otros escritos menores*. Ed. Ariel.

Engels, F. (1990). *El cristianismo primitivo*. Ed. Progreso.

Ferrater Mora, J. (1994). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Ed. Ariel.

Gadamer, H.-G. (1991). *Lógica de la pregunta y la respuesta*. Buenos Aires: Ed. FCE.

Hobbes, T. (1995). *Leviathan*. Madrid: Ed. Grijalbo.

Kaustsky, K. (1990). *Orígenes y fundamentos del Cristianismo*. Barcelona: Ed. Progreso.

Nietzsche, F. (1999). *Genealogía de la Moral*. México: Ed. Siglo XXI.

Nietzsche, F. (1999). *Humano demasiado humano*. México: Ed. Siglo XXI.

Platón (1998). *La Apología*. Ed. Buenos Aires.

Platón (1998). *La República*. Ed. Buenos Aires.

Platón (1998). *Timeo*. Ed. Buenos Aires.

Weber, M. (2000). *Sociología de la religión*. México: Ed. Siglo XXI.

Weber, M. (2000). *Teoría de la organización social*. México: Ed. Siglo XXI.